

## **Discurso Ismael Sáez acto de apertura del X Congreso Nacional de UGT-PV**

Gracias, muchísimas gracias por vuestro apoyo.

He de deciros que contra lo que establece el guión no me siento en absoluto orgulloso. No he hecho nada para estarlo. Lo que me siento es profundamente y preocupadamente honrado.

Ser secretario General de la UGT en el País Valenciano para un metalúrgico que lo es desde los 14 años y afiliado a nuestra organización desde los 18 años, es un gran honor y una no menor responsabilidad.

Pero es verdad que hemos aprobado unos nuevos estatutos confederales y de nuestra Unión que nos hacen a todos, más corresponsables en la gestión que desarrolle esta Comisión Ejecutiva que acabáis de elegir.

Vamos a tres Federaciones Estatales que habrán de quedar constituidas este mismo mes, las Secretarías Generales de tales Federaciones se incorporan a la Comisión Ejecutiva Confederal, y en nuestro caso, a la Nacional para participar de manera más directa en su funcionamiento cotidiano. Hemos acordado una nueva organización territorial con un carácter eminentemente de gestión en el que debemos estar involucrados todos, especialmente las Federaciones y, por tanto, lo que sea capaz de desarrollar esta Comisión Ejecutiva va a depender del esfuerzo conjunto y de la lealtad entre los organismos de nuestra Unión.

UGT pues, es un asunto de todos, a todos nos compete e importa conseguir que sea fuerte, solvente, eficiente y, sobre todo, útil para defender los derechos de los trabajadores y trabajadoras y el modelo de sociedad que propugnamos.

Nosotros queremos una sociedad más justa, que proteja a los más débiles, que posibilite a todos la mayor igualdad en las oportunidades, que permita a nuestros jóvenes llegar todo lo lejos que su inteligencia, su voluntad y su esfuerzo les lleven; que no desatienda a los dependientes, que nos proteja del infortunio, la enfermedad y la vejez; que se valore el trabajo no como un factor de producción más, sino como vehículo de desarrollo e integración personal y social y, también, como una pieza clave en el engranaje económico capaz de establecer, por su formación y cualificación, el hecho diferencial que lleve al éxito a nuestras empresas.

Pero todo esto no es, no será posible si se deja a la libre actuación del mercado. La desregulación, el debilitamiento programado de las organizaciones sindicales nos llevan a la precariedad, los bajos salarios y la competencia fácil mediante el abaratamiento de los costes de la mano de obra. Es decir, se trata de la apuesta más

miope, el camino más corto, el ganar competitividad sin aportar nada, sin añadir valor, simple y torpemente quitando salarios y derechos.

En este modelo, para profundizar en esa estrategia que no cuenten con nosotros. Nos tendrán enfrente.

Para situar a nuestro país en la vanguardia de la igualdad, los derechos laborales y sociales, la protección a los más débiles; en definitiva, el fortalecimiento del estado del Bienestar, se hace necesaria la inversión, la innovación y la investigación, una economía con mayor base industrial que utilice al máximo sus recursos. Y los nuestros no son precisamente las materias primas o el petróleo; sino las capacidades, la inteligencia de nuestra gente.

Ahí, en ese modelo, si pueden, si queremos que cuenten con nosotros.

En una época de crisis tan profunda como la que hemos vivido y cuyas secuelas aún perduran, todo se ha puesto en entredicho: de un día para otro se han destruido 3.000.000 de empleos, el valor de los inmuebles ha caído a la mitad, los bancos han visto lastrados sus balances con tanto ladrillo devaluado y las administraciones han tenido que salir al rescate del sistema financiero elevando la deuda pública hasta el 100% del PIB. La sociedad se ha quebrado, hombres y mujeres perfectamente integrados, con su hipoteca, su coche a crédito, sus vacaciones y su segunda residencia han sido expulsados del sistema. Porque el sistema no es capaz de ofrecer respuestas y, en ese sentido, también nosotros somos percibidos como sistema.

Como consecuencia de la desigualdad la población se divide y se extrema entre los que ven el cambio político como una amenaza y los que no pueden esperar soluciones a medio o largo plazo porque ya no les alcanza para vivir con dignidad o porque el futuro, en especial para los jóvenes, se ha vuelto terreno inhóspito, sin esperanzas.

En mayor o menor medida, estos males aquejan a la mayoría de países de la Unión Europea. Una Unión que se ha quedado a mitad de construir en medio de un temporal. Una Unión que lejos de abordar unida los problemas de déficit o deuda, pero que en verdad lo son de crecimiento, se ha dividido entre deudores y acreedores, como si la suerte de unos no estuviera íntimamente ligada a la de los otros.

Tarde, demasiado tarde y no sin tensiones, el BCE ha puesto en marcha el programa de expansión cuantitativa, pero no ha logrado convencer a los países centrales de la Unión de la necesidad de mutualizar la deuda ni se ha logrado acompañar esos estímulos monetarios de una política fiscal que, además de contener las primas de riesgo, permita el crecimiento económico.

Así pues tenemos, por un lado, amenazas como el Brexit o el resurgir de la extrema derecha ultranacionalista en un buen número de países de la Unión; y por otro, la desesperación de millones de ciudadanos que no pueden esperar, golpeados por la

política de austeridad, humillados por decisiones que no cuentan con ellos y ponen en cuestión el mismísimo sentido de la democracia y que se entregan a soluciones también extremas, pero de signo contrario o que, en último término, abrazan el extremismo que se les ofrezca, porque no hay ninguna solución templada que resuelva su perentoriedad.

En este contexto la Confederación Europea de Sindicatos ha sido la única organización que ha mantenido un discurso unitario, sindicalistas alemanes, franceses, finlandeses, griegos o españoles hemos defendido lo mismo: más Europa, más unida, más solidaria y con un proyecto común que nos permita mantener a salvo la cohesión social, mientras reparamos y fortalecemos un Estado del Bienestar que es una construcción de los europeos y un patrimonio social de la humanidad.

Se ha dicho con insistencia interesada que las organizaciones sindicales perdemos influencia y apoyo entre la clase trabajadora, pero se ha atribuido este hecho a nuestra falta de puesta a punto a nuestra necesaria modernización y así, con un trazo tan grueso, se han quedado la mar de a gusto.

Las razones últimas se encuentran en ese desolador panorama político, en la crisis económica y en la dificultad de que un discurso razonable, moderado y constructivo se abra camino entre el pánico y la desesperación.

Lo primero que demandamos, lo más urgente, es ganar tiempo para el que no lo tiene, para el que debe pagar su hipoteca, alimentar a sus hijos, encontrar un empleo tras finalizar sus estudios o contemplar su jubilación sin otros temores que los achaques propios de la edad. Y después o mientras tanto, recuperar la senda de crecimiento con un gran pacto social en el que cada cual ponga lo mejor de sí mismo.

Las organizaciones sindicales asumimos ese compromiso allá donde estemos, en Bruselas, Madrid o la Comunidad Valenciana. El Consell puede contar con nosotros, este y cualquier otro, para exigir juntos la financiación justa que nuestra Comunidad reclama; para recuperar juntos el prestigio y la riqueza que en tan poco tiempo se han dilapidado y para cualquier proyecto que ayude a nuestras empresas a ser más competitivas por calidad, diseño, innovación o valor añadido.

Mientras tanto, la UGT del País Valenciano ha decidido en este Congreso modificar sus estructuras, pasar de 6 a 3 federaciones, volcar en éstas la responsabilidad de la acción sindical, la negociación colectiva y las elecciones sindicales; fijar en el territorio la responsabilidad de los servicios al afiliado con estructuras más simples, menos rígidas, que consigan con menos hacer más.

Se trata de ser más eficientes, de aprovechar mejor nuestros recursos, que siempre son escasos, y de comprometer en ese objetivo a toda la organización. Por eso las Secretarías Generales de las federaciones van a participar en la gestión y no sólo desde el Consejo. Compartiendo toda la información y participando desde primera línea en el

análisis de los problemas y en la búsqueda de soluciones. Esto más que nunca, lo decía al principio, es asunto de todos.

Las organizaciones sindicales somos un contrapoder, en la arquitectura constitucional tenemos asignado este papel. Un contrapoder político: defendemos un modelo de sociedad que proteja a los trabajadores más allá de la empresa; y un contrapoder económico: perseguimos el reparto justo de la riqueza mediante la reivindicación de mejores salarios y mejores condiciones de trabajo en la empresa.

Para esta ardua tarea contamos con la cuota de nuestros afiliados, que en gran medida se destina al beneficio de todos los trabajadores, afiliados o no, y con poco más.

La Ley de Participación Institucional es, por tanto, necesaria y justa, pero insuficiente.

Organizaciones empresariales y sindicales debemos avanzar en un modelo de relaciones laborales que reconozca el papel fundamental de la negociación colectiva y decirle sin complejos a la sociedad que el acuerdo, la concertación y la negociación es un activo de todos que no se puede dejar recaer sobre unos cuantos.

La democracia, nosotros formamos parte de su entramado, requiere recursos y exige transparencia, y nosotros nos apuntamos a lo uno y a lo otro.

Que duda cabe que hemos cometido errores, que algunos de los nuestros, pocos, han empañado con su comportamiento el trabajo de muchos durante casi 130 años, y que esos errores o esos malos comportamientos tienen un coste reputacional en una organización como la nuestra.

De otros se espera que gestionen bien la economía y, sobre todo, que protejan con seguridad y estabilidad a aquellos que poseen mayor riqueza, por eso su suelo de votantes es tan sólido y les pasan tan de puntillas los abrumadores casos de corrupción que los anegan.

A nosotros se nos exige honestidad, honradez y altruismo, por eso nos hace tanto daño el comportamiento de aquellos de los nuestros que se alejan de estos valores.

Pero no lo olvidéis, nuestra organización negocia miles de convenios colectivos a favor de millones de trabajadores, con nuestro trabajo dignificamos el trabajo de los demás, defendemos a los compañeros y a las compañeras en innumerables conflictos, acudimos a la huelga y la movilización cuando no nos queda otra alternativa, denunciemos cuanto se aleja del modelo de sociedad que propugnamos, en cualquier área y cualquier lugar del mundo, como la crisis de refugiados por la guerra de Siria e Irak que tanto nos avergüenza como europeos y demócratas.

Somos algo bueno, algo necesario. Cumplimos un papel fundamental que con frecuencia se olvida. Hagamos con nuestros discursos cuanto sea necesario para

recordarlo; pero sobre todo, seamos consecuentes con nuestros valores y demos, con nuestro ejemplo, toda la credibilidad a ese discurso que sin un comportamiento ejemplar se desvanece.

Donde las organizaciones sindicales no formamos parte del sistema o esa sociedad no ha alcanzado la democracia o está a punto de perderla.

Gracias de nuevo por vuestra confianza y apoyo, gracias a los compañeros y compañeras que han decidido asumir la responsabilidad de participar conmigo en esta Comisión Ejecutiva.

Gracias a los compañeros de la Comisión de Control Económico y, en especial, a los compañeros y compañeras que van a estar al frente de las Secretarías Territoriales por su generosidad.

Gracias a los compañeros que no van a continuar en cargos de responsabilidad, pero que nos han traído con su esfuerzo hasta aquí.

Gracias a los trabajadores y trabajadoras de UGT País Valenciano por la magnífica organización de este Congreso y a sus responsables, por supuesto.

Sólo espero volver a este salón dentro de cuatro años a dar gestión y entonces sí, poder decir que además de honrado me siento orgulloso.

Puedo aseguraros que haré cuanto esté en mi mano para hacer las cosas bien, para no defraudaros. Y lo haré por respeto a vosotros, a los miles de afiliados a nuestra organización, pero también por respeto a mí mismo y a la estirpe a la que pertenezco.

Quiero para terminar, recordar a mi compañero, amigo y secretario general Juan Carlos Amado, que lo fue de nuestra sección sindical hasta el pasado 24 de septiembre, en el que la muerte, al llevárselo, nos dejó a todos mucho más pobres y tristes. Él, que era generoso y bueno, sí estaría orgulloso hoy.

**Ismael Sáez**  
**Secretario General UGT PV**